LOS RELATOS DE VIDA EN EL ANÁLISIS SOCIAL*

DANIEL BERTAUX

La elección de un método particular para estudiar tal o cual objeto sociológico no tiene nada de anodino. Compromete a la persona que hará la investigación a una determinada relación de campo, a ciertas prácticas existenciales; contiene en filigrana ciertas formas de pensamiento y excluye otras. En resumen, lo que está en juego en realidad son algunos años de la vida de un(a) sociológo(a). En la medida en que él/ella controle la elección de su método, la decisión será tomada mucho más en función de inclinaciones profundas que de consideraciones racionales. Y está muy bien que sea así, porque para hacer un buen trabajo de investigación es necesario en principio desear hacerlo. La pasión es el motor del descubrimiento.

Elegir el enfoque biográfico es pues cuestión de temperamento. En cuanto a comprender cómo funciona dicho enfoque, se aprende mejor con la experiencia (más rápido y con mayor seguridad) que leyendo textos metodológicos: hacer por hacer, es mejor (re)leer a los grandes clásicos. Sin embargo no carece de interés saber que el modo en que se van a recoger los relatos de vida anticipa su utilización ulterior. Si se recogen dientes de león, vale más saber con antelación si es para hacer una ensalada, un ramo, o para dárselos a los conejos;

*Publicado en *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, 1989, Barcelona, pp. 87-96. Una primera versión de este artículo apareció en Danièle Desmarais y Paul Grell, (comps.), *Les récits de vie. Théorie, méthode et trajectoires types*, Editions Saint-Martin, Montreal, 1986.

porque uno no se llevará lo mismo a casa. En cuanto a creer que se "recogerá todo" y se elegirá a continuación, puede ser que sirva para los dientes de león, pero no para los relatos de vida.

Mi modelo de partida era el admirable libro de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*. Esperé durante mucho tiempo que a partir de los relatos de vida de obreros panaderos que recogíamos entre unos cuantos, se dibujaran poco a poco los contornos de una obra similar. Como esto no sucedía, pensé que la razón estaba en nuestros informantes: por interesantes que fuesen sus historias, ninguna se aproximaba ni de cerca ni de lejos a la indefinible calidad de los cuatro relatos de los hermanos Sánchez. Buscaba en vano al interlocutor ideal, sin darme cuenta de que lo que estaba en discusión era mi propia relación de campo: relación de sociólogo, es decir de hombre apresurado para quien todos los informadores valen. ¿Es así como viven los hombres?

El texto que sigue no es más que el primer paso de una reflexión abierta en torno a las diversas formas que pueden tomar los relatos de vida: formas que no dependen del narrador sino del "narratario", de la persona para quien se hace el relato, de su demanda (que, explícita o no, es rápidamente percibida, conformándose el relato de acuerdo con ella), de su espera, de su atención: del contrato implícito que encierra ya el primer contacto. El texto propone distinguir tres funciones de los relatos de vida en el proceso de investigación. Con la perspectiva (esta presentación ha sido redactada dos años más tarde), percibo mejor todo lo que el término neutro "función" recubre (y enmascara). Tres funciones, ¿o más bien tres modalidades de existencia de la relación entre el investigador y el investigado?

Es fácil comprender que un antropólogo, un sociólogo, un escritor de "no ficción", establecería con la misma persona investigada relaciones diferentes según sus propias intenciones –lo que piensen hacer con el relato recogido (y lo mismo para el psicólogo, el trabajador social o el memorialista de la familia). No es difícil imaginar que cada uno se irá con un relato de forma diferente, incluso si los contenidos de todos los relatos obtenidos de la misma fuente fueran compatibles. En el texto que sigue propongo considerar que el sociólogo mismo cambia de actitud en el curso de una investigación. Al principio, su postura es la del explorador. Más tarde busca contrastar sus interpretaciones, hacerlas desmentir, diferenciarlas, matizarlas, consolidarlas.

En fin, si quiere restituir las voces de la experiencia humana en toda su fuerza expresiva, ha de cambiar de postura otra vez: crear una

relación de intercambio y de amistad, tomarse el tiempo de entrar en el universo de otro. Y después, como Oscar Lewis, hacer obra de escritor: trabajar las palabras y el lenguaje, transmutar la palabra en texto por la magia de la escritura.

Toda investigación empírica pasa necesariamente por diferentes fases, puesto que progresa de la ignorancia al descubrimiento, después a la formación de una representación mental de procesos sociales y la comprobación de los "hechos", o más bien de las observaciones y, por último, a la expresión en forma oral y escrita de esta representación con la finalidad de difundirla. No es deseable que estos tres estados, la exploración, el análisis y la síntesis, se hallen enteramente separados. Es bueno que la exploración prosiga cuando el trabajo de análisis ha comenzado y que redacciones preliminares precedan a la terminación de la fase analítica. La estructura rígida de la encuesta por cuestionario de la fase analítica. La estructura rígida de la encuesta por cuestionario destinada a "verificar una hipótesis" excluye estas recuperaciones, y en particular la de las fases 1 y 2: exige que la exploración esté terminada antes de que se pase a la construcción del instrumento principal, el cuestionario. He aquí un grave problema al cual escapa el método "cualitativo", en particular el llamado enfoque *etnosociológico* que la Escuela de San Francisco (Anselm Strauss, Barney Glaser) llama "*the discovery of grounded theory*".[1]

Así pues, tres fases: exploratoria, analítica y sintética. Según la perspectiva que nos ha sido legada por 30 años de hegemonía cuantitativa y que afecta a toda la sociología empírica y no a su única e hipertrófica rama clasificada, sólo la primera fase sería adecuada para los métodos cualitativos. Se les reconoce naturalmente una función exploratoria. Pero se les atribuye el estar desprovistos de poder verificativo, el cual sería patrimonio de la encuesta sobre una muestra representativa. Los métodos cualitativos son también eliminados de la fase de redacción, no pudiendo la presentación de tal o cual caso

[1] La similitud entre el enfoque propuesto por Glaser y Strauss en sus obras y el que yo he descubierto progresivamente efectuando investigaciones mediante relatos de vida, es chocante. Se trata de una similitud fundamental, a pesar de que hay diferencias importantes: así, Glaser y Strauss no han utilizado durante mucho tiempo los relatos de vida sino que han utilizado la observación directa en sus investigaciones sobre cuestiones ligadas al funcionamiento de los servicios hospitalarios. Su actual interés por los enfermos crónicos les lleva a orientarse hacia la recopilación de secuencias biográficas. Véase D. Bertaux, "El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades", *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. LXIX, 1980, pp. 197-225; Barney Glaser y Anselm Strauss, *The discovery of grounded theory*, Aldine, Chicago, 1973, Barney Glaser, *Theoretical sensitivity*, The Sociology Press (Box 143, Mill Valley, CA 94941), 1978.

particular en esta fase más que debilitar la fuerza de convicción basada en los grandes números. A fin de cuentas, esta prohibición es una gran hipocresía, ya que más de un sociólogo cuantitativo reconocerá en privado que determinada hipótesis, que constituye el objeto de un capítulo entero, se le ocurrió por la observación de un caso particular durante la fase exploratoria (cuando no ha sido en el curso de una conversación imprevista con un cualquiera encontrado por azar). Pero la teoría, que pretende la universalidad, debe borrar tras ella todas las huellas de sus orígenes, que no pueden ser más que particulares.

Por el contrario, creemos que es posible conducir una investigación empírica del principio al final (es decir incluyendo el momento de la "prueba" y el de la redacción) sin pasar bajo las horcas caudinas de la encuesta por cuestionario. Quisiéramos demostrarlo a propósito de una forma particular del enfoque cualitativo, a saber la utilización de relatos de vida en el marco de una perspectiva etnosociológica, es decir tomando por objeto de estudio las relaciones socioestructurales, y no las representaciones simbólicas.[2]

Precisando más, queremos mostrar que los relatos de vida pueden cumplir varias funciones: una función *exploratoria*, ciertamente, pero también una función *analítica y verificativa*, y finalmente una función *expresiva* en el estadio de la síntesis. Esperamos así dar algunos argumentos a aquellos y aquellas que, deseosos de continuar en la perspectiva cualitativa, se enfrentan a prejuicios profundamente anclados que retardan considerablemente el avance no solamente del "frente" cualitativo, sino de la investigación sociológica misma (porque quedan universos sociológicos por descubrir, que la encuesta por cuestionario, por su misma construcción, se revela impotente para captar).

Pero nuestra demostración tiene igualmente una significación *interna* respecto a los debates sobre "el enfoque biográfico". En efecto, si está bien fundada, ello significa que no existe *una* manera de utilizar un mismo relato de vida, sino varias. Según se incorpore en la fase exploratoria, en la fase analítica o en la fase de síntesis, se le hará cumplir una función diferente; no será leído del mismo modo; será siempre el mismo relato, pero se insertará en *contextos* diferentes.

En el primer caso se utilizará para iniciarse en un campo, para descubrir las líneas de fuerza pertinentes. En el segundo, para sostener una teoría –y esto, al menos desde la óptica etnosociológica que es la mía, requiere la utilización no de uno solo, sino de numerosos

[2] Véase Bertaux, 1980, *op. cit.*

relatos para llegar a la saturación. En el tercer caso, el de la síntesis, será utilizado de una manera muy distinta, para "transmitir el mensaje" (sociológico). O, por decirlo de otro modo: en la fase exploratoria, los relatos de vida cumplen una función del mismo orden que la observación, o las conversaciones con los "informantes centrales". En la fase analítica, toman el estatuto de *data* (datos empíricos) y son concurrentes y complementarios, simplemente, con el discurso teórico.

La distinción de estas tres funciones a las cuales se pueden destinar los relatos de vida, es decir la función exploratoria, la analítica y la expresiva, me parece que clarifica algunos de los debates sobre "la utilización" (éste singularmente parece criticable) de los relatos de vida.

La función exploratoria

Es la más conocida, y también la menos formalizable: así pues, seremos breves. Recoger algunas historias de vida sin buscar que sean completas constituye un buen medio de "entrar" en un campo nuevo y de empezar a hacer aflorar en él los procesos esenciales, los rasgos estructurales más relevantes, los ejes centrales. Se hace entonces del relato una utilización *extensiva*, es decir se busca cubrir el máximo posible de aspectos de la vida social, ya que no se sabe aún los que van a revelarse como determinantes. Cuando estos últimos empiezan a emerger, entonces se puede pasar a una utilización *intensiva*, es decir centrada sobre algún aspecto que parece digno de un estudio en profundidad. Del mismo modo, mientras que en las primeras entrevistas biográficas el entrevistador se ve obligado a romper frecuentemente el hilo del relato, para hacerse explicar por ejemplo el sentido de tal o cual término de oficio o de argot local (que designa indefectiblemente una práctica, una relación, un proceso localmente *significativo*), en las entrevistas siguientes el investigador, teniendo ya una idea más clara de las líneas de fuerza del campo, puede a la vez precisar la consigna de partida (orientando la entrevista hacia la vida profesional, familiar, social o religiosa) y, a continuación, dejar galopar el discurso de su interlocutor. La perspectiva exploratoria se nutre de ella misma, se reorienta constantemente al hilo de los primeros descubrimientos y no debe ser codificado por anticipado: sólo cuenta el resultado, que es hacer emerger líneas de fuerza, ejes, los "nudos" del campo.

Los relatos de vida recogidos en esta fase, entre otros tipos de observación, no serán siempre utilizables en las etapas ulteriores: es un discurso cortado por las preguntas del entrevistador, en toda la primera fase (extensiva): o bien un discurso demasiado centrado en una sola dimensión de la vida (fase intensiva). En realidad, el investigador ha tratado a sus primeros entrevistados como "informantes centrales"; ha querido sobre todo informarse. Al final de esta fase puede sentirse decepcionado por no haber recogido ni un solo "bello" relato de vida; pero ello deriva de la naturaleza de las cosas.

La función analítica

En la fase analítica, el objetivo ya no es explorar sino analizar. Ello comprende dos "momentos" que a menudo se solapan parcialmente: el momento de la comparación de los fenómenos, del esbozo de tipologías, del paso de "ideas" a hipótesis, en resumen de la construcción de una "teoría", es decir, de una representación mental de lo que ocurre en la "realidad social" (el referente): y el momento de la verificación, o más bien de la *consolidación empírica de las proposiciones descriptivas y de las interpretaciones avanzadas.*

A este propósito, vuelvo a citar una divergencia esencial: ciertos practicantes del enfoque biográfico se interesan por el "sentido", otros por las relaciones socioestructurales. Se trata de centros de interés distintos que implican sistemas conceptuales y modos de análisis diferenciados. Utilizaré una metáfora lingüística para hacerme comprender mejor. Muy esquemáticamente, los lingüistas utilizan tres niveles: el de los *significantes*, las palabras escritas o habladas (por ejemplo: *chien*, *dog*, perro, *hund*); el de los *significados* (en nuestro ejemplo, los cuatro significantes, tomados de cuatro lenguas diferentes se relacionan con el mismo significado, la idea de "perro"); y el de los *referentes*, que en este ejemplo tienen dientes que muerden y patas para correr por las calles y los bosques. De un modo muy metafórico, si los relatos de vida constituyen *significantes*, se puede en una primera aproximación distinguir dos grandes orientaciones entre los/las practicantes del enfoque biográfico: los y las que se interesan por los *significados*, es decir por el nivel de las significaciones que quieren transmitir las personas que cuentan su vida; y los y las que se interesan por los referentes, es decir por las relaciones, normas y procesos que estructuran y sustentan

la vida social. La segunda orientación, la única a la que nos referiremos en lo que resta de este texto, es la que yo he propuesto llamar "etnosociológica"; la primera podría ser llamada "hermenéutica", en tanto que el desciframiento de los textos ocupa en ella un lugar central.

Volvamos a la fase de análisis. La teorización es un proceso que se desarrolla *en la duración*. Tiene su propio ritmo de maduración al cual no tienen en cuenta los plazos de "entrega de los informes finales" impuestos por las administraciones, cuya impaciencia recuerda a la de los niños que no esperan que los frutos maduren para cogerlos y devorarlos. Son conocidas las consecuencias intestinales de la absorción de frutos verdes: no es pues de extrañar que tantos informes de investigación sean literalmente impropios para el consumo. Es que la aprehensión de los fenómenos sociales toma tiempo.

Sin embargo, es frecuente que desde las primeras observaciones (por ejemplo, los primeros relatos de vida) se extraigan fuertes intuiciones. Pero falta explicitarlas, reflexionar sobre las causas y las consecuencias de tal o cual fenómeno que se ha creído discernir, cotejar fenómenos aparentemente sin relación para construir así, paso a paso, una *representación mental* de los procesos sobre los cuales se ha elegido concentrar la atención después de la fase exploratoria.

Este proceso de construcción se nutre a la vez de la vitalidad intelectual de los investigadores y de observaciones –hechas, en la medida de lo posible, personalmente: no hay nada que reemplace el *contacto*. La parte de imaginario teórico puede ser calificada de creativa o especulativa, según el punto de vista (teórico o empirista); poco importa desde el momento que el equipo no teme inventar. Pero no se trata de especulaciones abstractas: se fundan no solamente en las observaciones, sino también en la *repetición*, de una observación a otra (de un relato de vida a otro, por ejemplo), de la descripción de tal o cual fenómeno, de tal anécdota significativa, de tal actitud vivamente expresada, de tal segmento de trayectorias de vida. Estas repeticiones no pueden dejar de llamar la atención del equipo. Es a partir de ellas que hay que desarrollar la teorización.

Y, si una vez delimitado claramente el carácter de lo que se encuentra en numerosos casos, parece que se trata de un "objeto sociológico" –una norma, una obligación social, un papel a desempeñar, un proceso, el efecto de una relación estructural, etc.–, es decir que se trata de algo que se desprende de lo social y no de lo psicológico, de lo colectivo y no de lo individual, entonces puede afirmarse que se

ha alcanzado un primer nivel de *saturación*. Dicho de otro modo, se tiene la seguridad de haber identificado un fenómeno que no sale ni de la imaginación (en el sentido de propensión a crear fantasmas) de los investigadores, ni de la del interlocutor mitómano: allí está lo social que se expresa a través de voces individuales.

Una vez que la construcción de una representación social ha alcanzado, gracias a una primera etapa de saturación, una forma razonablemente coherente, enriqueciéndose con las aportaciones y las críticas de los diversos miembros del equipo que han contribuido a su construcción, cada uno según su sensibilidad y sus orientaciones específicas, ya no falta más que intentar sistemáticamente destruirla: si resiste, habrá probado su solidez.

El método aquí no consiste en poner a prueba la coherencia interna sometiendo el modelo a las críticas: este ejercicio, aunque útil en sí, sigue siendo especulativo. Se trata de dar otra vez a lo social la ocasión de hacer oír su voz. Se intentará, pues, sistemáticamente encontrar "casos negativos" (en el enfoque biográfico, estos casos son personas) que pongan en contradicción el modelo. Se trata de personas que pertenecen a categorías que se han explorado poco o mal. Pues todo trabajo de campo lleva consigo una *entrada* y esta entrada sesga el recorrido. Es necesario, pues, buscar otras entradas y verificar si lo que se encuentra a partir de ellas confirma o refuta el modelo elaborado hasta entonces. Si se ha entrado por mediación de un sindicato, buscar a los no sindicados; si es por una asociación, buscar a aquellos a los que no llega; por una administración (de servicio social, por ejemplo), a aquellos y aquellas a los que rechaza.

La investigación sistemática de lo que Lindesmith ha llamado los "casos negativos", los que contradicen el modelo provisionalmente saturado, contribuye a la vez a la verificación del modelo y a su afinamiento. Llevada sistemáticamente, como lo ha hecho Lindesmith para el estudio de la dependencia de la heroína, conduce a la reconstrucción del modelo (o teoría) que acaba por alcanzar su forma estabilizada, definitiva, la de la verdadera saturación. Y el milagro se cumple: sin que haya sido nunca una cuestión de muestra representativa, el equipo ha alcanzado el punto en el que puede proponer una descripción convincente de los procesos sociales estudiados:[3] una des-

[3] Descripción en el sentido de *thick description* (Geertz) o descripción en profundidad. *Cf.* Clifford Geertz, *The interpretation of cultures*, Basic Books, Nueva York, 1973. El artículo que da comienzo al volumen es magistral; el autor desarrolla de modo des-

cripción que será difícil rechazar en tanto que está anclada en la observación: que se dirige a lo profundo, al corazón de los fenómenos, y que no podría haber sido hallada nunca por medio de cuestionarios. Así se resuelve el problema que parecía irresoluble y cuya noresolución limitaba todo el enfoque cualitativo a la fase exploratoria: el problema de la generalización sin muestra representativa.

La función expresiva

Sabemos que en ciencias sociales los que publican no son siempre aquellos o aquellas que tienen algo que decir, sino los que tienen facilidad para escribir, no forzosamente los mismos. La idea establecida de que la facilidad para escribir es un don, no arregla las cosas.

En el área cultural francófona subsiste aún una concepción elitista de la escritura, en la cual el gran estilo impresiona; en Estados Unidos, a juzgar por las revistas de sociología, se atienen más bien a un estilo estreñido. ¿No existe una tercera vía, un *método de la escritura* que permita transmitir, simple pero fielmente, todo lo que uno sabe que ha visto y que piensa que ha comprendido?

Esta vía existe, es la que C. Wright Mills[4] y más recientemente Barney Glaser[5] han tratado de explicitar. Les anima el mismo espíritu, hecho de entusiasmo, de curiosidad, de vitalidad intelectual, cualidades todas ellas que hay que conseguir para canalizar la tendencia creativa en una "línea de producción" si se quiere que los frutos conseguidos sean transmisibles. Es también el mismo método que proponen para conseguirlo a lo largo de toda la investigación: *escribir* fichas, resúmenes; una por idea, o por observación que revierta en una hipótesis; volverlas a mirar de cuando en cuando, *reclasificarlas* por asociación. De este modo la obra que sintetizará la investigación

tacablemente claro una definición del trabajo antropológico como interpretación (y no como "explicación" en el sentido que tiene este término en las ciencias exactas, cuya importación a las ciencias sociales ha hecho los estragos que sabemos). Se puede leer en francés, del mismo autor, el resultado de este punto de vista en una recopilación de artículos recientemente publicada: Clifford Geertz, *Bali. Interprétation d'une culture*, Gallimard, París, 1983. Particularmente, véase el célebre artículo sobre las peleas de gallos en Bali, pp. 165-215.

[4] En el anexo de *L'Imagination sociologique*.

[5] En *Theoretical sensitivity*, *op. cit.*

toma forma poco a poco como paquetes de fichas; y cuando llega el momento de redactar no se parte del "vacío papel que defiende su blancura", sino de encadenamientos de ideas y de observaciones que ya están a punto.

He aquí un método general de ayuda a la redacción. Si se dispone de relatos de vida, es posible utilizarlos de dos maneras. Una consiste en ilustrar tal o cual punto de la argumentación sociológica con un ejemplo tomado de un relato. El estatuto del extracto elegido no es el de una "prueba": se podría defender la idea de que una vida tomada *en su totalidad* pudiera servir de prueba a una hipótesis teórica;[6] pero un fragmento o *segmento* puede, como mucho, servir de *ilustración*.

A fin de cuentas, esto es igualmente cierto para los datos cuantitativos. Un porcentaje aislado, un coeficiente de correlación fuera de contexto jamás probarán nada. Paul F. Lazarsfeld ha mostrado hasta qué punto una correlación entre dos variables puede ser *espuria*, es decir tomar un sentido totalmente diferente de las apariencias, si se examina en el contexto de otras variables relacionadas.[7] Para tomar un ejemplo contemporáneo: las mujeres votan más a la derecha que los hombres. He aquí una correlación cuyo sentido parece claro y que puede ser utilizada para apoyar una teoría sobre la alienación política de las mujeres, etc. En realidad, si se introduce la edad, se descubre que a edad constante, las mujeres no votan más a la derecha que los hombres. Por otra parte, hombres y mujeres votan cada vez más a la derecha con la edad. En fin, las mujeres viven más tiempo. He aquí por qué parecen "votar más a la derecha". *El sentido aparente* de la correlación desaparece completamente, se borra para dar lugar a otro. En consecuencia, *las cifras no hablan por sí mismas*, no es inútil recordarlo.

Pueden pues utilizarse segmentos de relatos de vida para ilustrar tal o cual punto de la argumentación, teniendo en cuenta que la validez de ésta reside *en otra parte*, es decir en: *a*) la saturación alcanzada; *b*) la coherencia interna de la argumentación. Sea a + b, la adecuación entre la teoría *como totalidad* (tomada en su conjunto) y la *totalidad de las observaciones*.

El inconveniente de este método es que conduce a *segmentar* rela-

[6] Véase M. Catani, *Tante Suzanne. Une histoire de vie sociale*, Librairie des Méridiens, París, Klincksieck, 1982.

[7] Véase el artículo de Paul F. Lazarsfeld, "Interprétation des relations statistiques comme procédure de recherche", pp. 15-27, en R. Boudon y P. H. Lazarsfeld, *L'Analyse empirique de la causalité*, Mouton, París y La Haya, 1966.

tos que constituyen por sí mismos totalidades, al menos a nivel de significado: quiero decir que incluso si se puede dudar de que tal o cual vida, juguete de las circunstancias, presente una unidad cualquiera, al menos el relato que de ella se ha hecho sí tiende a darle una imagen coherente. El relato constituye, pues, en general, una totalidad significante se puede decir lo mismo de cada existencia vivida.

Cuando sólo son publicados fragmentos del relato, su carácter de parte de una totalidad significante se pierde. El lector que se da cuenta de que muchas citas aparecidas al hilo de las páginas han sido tomadas del mismo relato, tendrá tendencia a juntarlas (del mismo modo que se intenta reconstruir un mosaico a partir de algunos fragmentos disponibles) a fin de poder reexaminar cada uno de ellos a la luz difusa que surge de la totalidad reconstruida. Este reflejo del lector revela la nostalgia de lo que se ha perdido en la segmentación.

Por el contrario, publicar los relatos en su totalidad plantea numerosos problemas: el paso de la palabra a la lengua escrita, la extensión de los textos, etc. Algunas obras han sido construidas de este modo, a partir de una reescritura completa de los relatos: así, *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis, o *Inmigrados a la otra América*, de Selim Abou.[8] Pero en ellas no se publican cada vez más de cuatro o cinco relatos. ¿Cómo hacerlo cuando se tienen 40 o más? Aún busco la respuesta.[9] Por tanto, hay que poner el acento en el potencial de expresión "científica" de los relatos de vida. Es falso creer que un relato de vida es por naturaleza preteórico (o preanalítico); y que las ideas, los conceptos, las descripciones en profundidad no tienen otro modo de expresarse que el discurso teórico.

Por supuesto, para quien se tome la molestia, hay tesoros de ideas en los relatos de vida. Se trata de chispas sobre un fondo narrativo oscuro. Pero es sin duda a partir de estos destellos que se constuirá el discurso sociológico.

Para elaborar este discurso no existe una sola vía, sino al menos dos. La primera, clásica, consiste en apropiarse de estas chispas y traducirlas al discurso sociológico "borrando sus orígenes": sólo el investigador sabrá de dónde ha sacado sus ideas.

[8] S. Abou, *Immigrés dans l'autre Amerique. Autobiographies de quatre argentins d'origine libanaise*, Plon, París, 1972, 2a. edición aumentada, 1978 (Col. "Terre Humaine").

[9] Véase asimismo la obra de Anna Bravo y Danièle Jalla (comps.), *La vita offesa: storia e memoria dei lager nazisti nei racconti di duecento sopravissuti*, Franco Angeli, Milán, 1986. La obra ha sido construida a partir de 200 testimonios de supervivientes de los campos de concentración nazis.

La otra vía, emprendida muy raramente, consiste por el contrario en trabajar el relato –la *forma* del relato: dejando sin modificar los contenidos concretos– de modo que se ponga de relieve lo que aporta de conocimientos sobre lo social. Esto puede hacerse en interacción con el/la interrogado/a; si esto no es materialmente posible, entonces la solución –delicada– es la reescritura (solución de Oscar Lewis). Recordemos a los que clamarán por la traición, que es muy raro que un entrevistado se reconozca en la transcripción de sus propias palabras: "Si es para publicarlo, habrá que rehacerlo." Seguro: no se podría transcribir *textualmente* el lenguaje oral, ya que la oral y la escrita son dos lenguas diferentes. De todos modos, es necesaria una reescritura. Falta saber cómo se efectuará.

El trabajo del investigador debe ir en el sentido de poner en relieve los "pasajes sociológicos". Si este trabajo es bien llevado, un relato bien reescrito puede contener tantas informaciones sociológicas como un tratado de sociología sobre la misma cuestión. Esta afirmación parecerá excesiva: pero si se compara la autobiografía de Don C. Taleyesva, *Sol Hopi*,[10] con un tratado de antropología de la cultura hopi; o se compara *El caballo de orgullo* de Pierre-Jakez Hélias[11] con los tratados sobre las costumbres del pueblo bigoudin, se comenzará a entrever que el saber puede tomar otras formas que las del discurso científico.

En el trabajo de reescritura, el investigador se borra: lo que ha comprendido, en lugar de expresarlo él mismo, buscará *hacerlo expresar* a través de una elaboración de la forma escrita, autobiográfica. Ello no es posible más que porque "lo que él ha comprendido" venía precisamente en el propio origen de los relatos, incluso si en ese momento su sentido no se había percibido. El investigador se borra; publica una autobiografía que no es "suya" incluso siendo, finalmente, su obra (problema del primer y del segundo autor, examinado por Catani).

Así se explica el misterioso fenómeno que hace que el investigador, habiendo recogido y ayudado a publicar la autobiografía de otro/a, una vez terminada, parece no tener nada que decir; nada que merezca un análisis más amplio, sabiendo que quedaría reducido a la paráfrasis. Esta actitud demasiado modesta, que hace decir a los colegas que así el investigador se niega en tanto que tal, se explica por el contrario por el hecho de que ha efectuado *ya* todo el trabajo de análisis. Lo que ha "ayudado" a publicar no es una suma de materiales en bruto,

[10] Plon, París, 1962 (Col. Terre Humaine); Leo Simmons aparece como coautor.

[11] Plon, París, 1975 (Col. Terre Humaine).

preanalíticos, sino al contrario, una narración que tiene valor de *síntesis*: es decir, que incluye la fase analítica y la supera tomando la forma totalizante de una autobiografía. El malentendido se debe a que la autobiografía publicada no se toma por lo que es en realidad, una obra con doble fondo. Más de un ingenuo se deja engañar.

Pero ¿por qué hacer esta trayectoria en vez de escribir un tratado? Simplemente en razón de la *fuerza expresiva* específica del relato autobiográfico. La autobiografía engendra el placer inherente a toda forma narrativa (lectura fácil, despertar de la curiosidad —se quiere saber la continuación—, simplicidad de la lógica temporal) y le añade el sabor específico de la identificación con el narrador (quienquiera que sea, tan alejado como esté del lector) y así de la subjetivización de la lectura: el lector puede experimentar emociones, su capacidad emotiva es alertada, mientras que la lectura de textos de sociología... En fin, la autobiografía tiene carácter de totalidad, como debería tenerlo todo discurso sociológico que trate de un medio dado.

Es evidente que se trata de un *artificio*, y ésta no es la menor paradoja de obras que buscan ser la expresión auténtica de experiencias vividas. Pero después de todo, no es otra cosa que la paradoja lo que funda el arte mismo. La utilización de relatos de vida como artificio para introducir ideas sobre lo social, me parece adecuada para regenerar el estilo de la escritura sociológica, que desde hace mucho tiempo se quedó encallada entre los callejones simétricos del cientificismo y del ensayismo literario.[12] Es un reto, por supuesto, pero merece la pena aceptarlo. Utilizar la fuerza expresiva de la forma autobiográfica para hacer entender al fin al público cultivado lo que viven algunos de sus contemporáneos me parece que constituye una empresa no enteramente desprovista de significación.

autobiografía.

fuerza expresiva.

[12] D. Bertaux, "Ecrire la sociologie", Informations sur les Sciences Sociales, vol. 19, núm. 1, enero, 1979, pp. 7-25.